DEL PROGRESO EN LA DEVOCION

(verdadera santificación)

por

San Francisco de Sales
Doctor de la Iglesia

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7770-532-1
D.L.: Gr. 1203-2000
Impreso en Azahara
Printed in Spain

INTRODUCCION

San Francisco de Sales (1567-1622) nació el 22 de agosto de 1567 en el castillo de Thorens, diócesis de Ginebra, en el seno de una noble familia de Saboya. A los catorce años fue enviado a París, a estudiar con los jesuitas. Después estudió jurisprudencia en Padua, doctorándose en derecho en 1592. Entregado a una vida de ardentísima piedad y muy devoto de la Virgen María, abandonó la abogacía y se hizo sacerdote.

En 1599 fue nombrado cuadjutor del obispo de Ginebra, y poco después le sucedió como obispo de la diócesis. Es uno de los más insignes representantes de la maravillosa reforma pastoral que se llevó a cabo en la Francia de su época.

San Francisco de Sales fue beatificado por Alejandro VII en 1661, canonizado por el mismo papa en 1665, y declarado doctor de la Iglesia por Pío IX en 1877. Ha sido declarado también patrono de los periodistas católicos por el papa Pío XI en 1923.

San Francisco de Sales es uno de los autores que más hondamente ha influído en la espiritualidad posterior, principalmente a través de su *Introducción a la Vida Devota* (1609), (del cual este libro que tienes en tus manos y el titulado: *La Devoción Verdadera* son parte de esa obra), y su magnífico *Tratado de amor de Dios* (1616), que también tenemos publicado en nuestra Editorial.

Ya sabes que nuestra madre la Iglesia cuando a un Santo le concede el honorífico título de *"Doctor de la Iglesia"*, lo que principalmente pretende es recomendarnos sus obras. Los Doctores de la Iglesia hasta ahora son treinta y tres, y muy pronto esperamos sean 34 con San Luis Brignión de Montfort que se espera sea nombrado en breve.

De entre todos los Doctores de la Iglesia los más modernos son San Alfonso Mª Ligorio, del siglo XIIX y Santa Teresita del Niño Jesús, del final del siglo XIX. De San Alfonso tenemos publicados más de veinte libros, y de Santa Teresita sus obras principales: *"Historia de un Alma"*, y *Novísima Verba"* y *"Consejos y Recuerdos"*.

I.- De la necesidad de la oración

1. - La oración pone nuestro entendimiento en la claridad y luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celeste; no hay cosa que limpie tanto nuestro entendimiento de sus ignorancias y nuestra voluntad de sus depravadas aficiones. Es el agua de bendición que con su rocío hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestra alma de sus imperfecciones y mata al corazón la sed de sus pasiones.

2.- Mas sobre todo te aconsejo la mental y cordial, y particularmente la que se hace a la vida y muerte de Nuestro Señor. Mirándole a menudo por medio de la meditación, toda su alma se llenará de él; aprenderás de su doctrina, y formarás tus acciones al modelo de las suyas; y pues es la luz del mundo (Jn. 8,12), en él, con él y por él hemos de recibir gracia y luz. Es el árbol del deseo, a cuya sombra nos debemos alentar y refrescar (Cant. 2,2). Es la viva fuente

de Jacob (Jn. 4,6), donde hemos de lavar todas nuestras manchas. En fin, los niños a puro oír las madres y gorjear con ellas, aprenden a hablar su lengua; así nosotros, morando con nuestro Salvador por la meditación y observando sus palabras, sus acciones y sus aficiones, aprendemos, mediante su gracia, a hablar, querer y hacer como él. Esto es bien consideres, Filotea; y creéme, que no podremos ir a Dios Padre sino por esta puerta; porque de la misma manera que la luna de un espejo no podría detener nuestra vista si no estuviese por detrás cubierta de estaño o plomo, así también la divinidad no podría ser bien contemplada de nosotros en este mundo inferior si no estuviera junta a la sagrada humanidad del Salvador, cuya vida y muerte son el objeto más proporcionado, saludable, regalado y provechoso de cuantos podemos escoger para nuestra meditación ordinaria. No en balde se llama el Salvador "Pan bajado del cielo" (Jn. 6,41-51); porque así como el pan se ha de comer con todas suertes de viandas, así el Salvador debe ser meditado, considerado y requerido en todas nuestras oraciones y acciones. Su vida y muerte está dispuesta y distribui-

da en diversos puntos (para mejor servir a la meditación) por diversos autores. De los que te aconsejo que uses son San Buenaventura, Belintano, Bruno, Capella, Granada, Puente.

3.- Emplea cada día en la oración mental una hora antes de comer, si pudieres, y esto luego que te levantes, porque entonces tendrás el espíritu menos embarazado y con más sosiego, por seguir el reposo de la noche. No emplees tampoco más de una hora si tu padre espiritual expresamente no te lo mandare.

4.- Si puedes hacer este ejercicio en la iglesia y hallas en ella bastante sosiego, te será una cosa fácil y cómoda, porque ni padre ni madre, ni mujer ni marido, ni otro alguno te podrá con justa razón estorbar el quedarte una hora en el templo de Dios; y estando a la sujeción de alguno, por ventura no podrás en tu casa alcanzar esta hora libre.

5.- Comienza toda suerte de oración (sea mental, sea vocal) por la presencia de Dios, y ten esta regla por sin excepción, y verás en poco tiempo cuán provechosa vendrá a serte.

6.- Si me crees, dirás tu Padre nuestro, tu Ave María y el Credo en latín; pero entendiendo las

palabras que contienen en tu vulgar: porque diciéndolas en la lengua común de la Iglesia, puedas también saborear y gustar del sentido admirable y regalado de estas santas oraciones. Las cuales se han de decir fijando profundamente tu pensamiento y excitando tu afición al sentido de ellas; no dándote de ninguna manera prisa por decir muchas, sino procurando que las que dijeres sean de corazón: porque un solo *Paternoster* dicho con sentimiento vale más que muchos dichos aprisa y no sentidos.

7.- El rosario es una muy útil manera de rezar, sabiéndole decir como conviene; y para esto tendrás algún librillo de los que enseñan a rezarle. También es bueno el decir las letanías de Nuestro Señor, de Nuestra Señora y de los santos, y todas las otras oraciones vocales que están en el *Manual de Horas* aprobadas. Y esto se entiende con condición que, si gozas el don de la oración mental, le guardes siempre el principal; y esto de suerte que, si después de ella, o por los muchos negocios o por alguna otra razón, no puedes usar de la oración vocal, no por eso tomes cuidado, contentándote con decir simplemente, antes o después de la meditación,

la oración dominical, la salutación angélica y el símbolo de los apóstoles.

8.- Si haciendo la oración vocal sientes tu corazón arrebatado o convidado a la oración interior o mental, no huyas el entrar en ella, sino antes procura que tu espíritu ejecute lo que en esta parte desea: y no se te dé nada de no haber acabado las oraciones vocales que habías propuesto; porque la mental, que en su lugar harás, es más agradable a Dios y más útil a tu alma; pero entiéndese haciendo excepción del oficio eclesiástico cuando hay obligación de decirle, porque, en este caso, antes se ha de cumplir con lo preciso.

9.- Si sucediese pasársete toda la mañana sin este ejercicio sagrado de la metal oración, o por los muchos negocios o por otra causa (procurando cuanto te sea posible no ocupar este tiempo en otra cosa), procurarás reparar esta falta después de comer en alguna hora, la más apartada de la comida, porque haciendo esto después de ella, antes que la digestión esté muy adelantada, te sobrevendría alguna debilidad, la cual interesaría tu salud.

Y si en todo el día no pudieres hacer este

ejercicio, repararás esta pérdida multiplicando las oraciones ordinarias y leyendo en algún libro de devoción con alguna penitencia que supla esta falta; y con esto resuelve el enmendarte el día siguiente, y continuar tu ejercicio devoto.

II.- Breve método para la meditación, y en primer lugar de la presencia de Dios, primer punto de la preparación

Puede ser, querida Filotea, que no sepas cómo has de hacer la oración mental, porque es una cosa la cual por nuestra desventura pocas personas saben en esta era; causa por que te presento un simple y breve método a este fin, esperando que por la lectura de diferentes libros compuestos a este sujeto, y sobre todo por el uso, puedas más seguramente quedar instruida. Primeramente pongo la preparación, la cual consiste en dos puntos: el primero es el ponerse en la presencia de Dios, y el segundo invocar su asistencia. Para ponerte en la presencia de Dios te propongo cuatro principales medios, de los cuales te podrás servir en este principio.

El primero consiste en una viva y atenta aprehensión de la verdadera presencia de Dios, esto, es, que Dios está en todo y por todo, y que no hay lugar ni cosa en este mundo donde no esté con una verdadera presencia: y así como los pájaros dondequiera que vuelen hallan siempre el aire, así nosotros dondequiera que vamos o estemos, siempre hallamos a Dios presente. Cualquiera sabe esta verdad, mas no cualquiera la aprehende con atención. Los ciegos, no viendo un príncipe que tengan presente, no dejan de tenerle respeto, siendo advertidos de su presencia; pero, a decir verdad, como no le ven, fácilmente se olvidan que esté presente, y olvidados, con más facilidad le pierden el respeto y reverencia. ¡Ay de mí, Filotea! Nosotros no vemos a Dios, aunque le tenemos presente; y aunque la fe nos advierte de su presencia, como no le vemos con nuestros ojos, fácilmente nos olvidamos, y entonces hacemos como si Dios estuviese bien lejos de nosotros.

Porque aunque sabemos bien que está presente a todas cosas, como no lo pensamos como deberíamos, es lo mismo que si no lo supiésemos. Por esto debemos siempre antes de la ora-

ción provocar nuestra alma a un atento pensamiento y consideración de esta presencia de Dios. Esta fue la aprehensión de David cuando decía (Sal. 138,8): "Si subo al cielo, allí, Dios mío, te hallo; si bajo a la tierra, allí también te hallo". Debemos usar también de las palabras de Jacob, el cual, habiendo visto la escala sagrada, exclamó: "¡Oh cuán temeroso este lugar (Gén. 28, 17-16), verdaderamente Dios está aquí, y yo no sabía nada!" Quiero decir que no pensaba en ello, porque cuanto a lo demás, no podía ignorar que Dios estaba en todo y por todo. Viniendo, pues, a la oración, ¡oh Filotea!, dirás de todo tu corazón y a tu corazón: "¡Oh corazón mío, mi corazón! Dios está verdaderamente aquí".

El segundo medio de ponerse en esta sagrada presencia es el pensar que no solamente Dios está en el lugar donde tú estás, sino que particularmente está en tu corazón y en lo más íntimo de tu espíritu, al cual vivifica y anima con su divina presencia, estando allí como corazón de tu corazón y espíritu de tu espíritu; porque como el alma, estando extendida por todo el cuerpo, se halla presente en todas sus partes, y

reside, no obstante esto, en el corazón con una especial residencia, así Dios, estando presente a todas las cosas, asiste especialmente a nuestro espíritu. Y por esto llamaba David a Dios, Dios de su corazón (Sal. 72,26); y San Pablo decía "que nosotros vivimos, nosotros nos movemos y somos en Dios" (Act. 17,28). En la consideración de esta verdad, incitarás a una gran reverencia a tu corazón para con tu Dios que íntimamente le está presente.

El tercer medio es considerar nuestro Salvador; el cual en su humanidad mira desde el cielo todas las personas del mundo, y particularmente los cristianos, que son sus hijos, y más especialmente a los que están en oración, de los cuales nota las acciones y contenencia. No es esto, Filotea, una simple imaginación, sino una verdadera verdad; porque, aunque nosotros no le vemos, él desde lo más alto del cielo nos considera. Así le vio San Esteban al tiempo de su martirio (Act. 7,55); de manera que podremos bien decir con la Esposa (Cant. 2,9): "Vele allí, que está detrás de la pared, viendo por las ventanas y mirando por las rejas".

La cuarta manera consiste en servirse de la

simple imaginación, representándonos el Salvador en su sagrada humanidad, como si estuviese junto a nosotros; así como nos representamos a nuestros amigos, y a veces decimos: Yo imagino ver un tal, que hace tal y tal cosa, y aun me parece que le veo, o cosa semejante. Mas si el santo Sacramento del altar estuviese presente, entonces esta presencia sería real; y no puramente imaginada; porque las especies y apariencia del pan sería como una vidriera, detrás de la cual Nuestro Señor, estando realmente presente, nos ve y considera, aunque nosotros no le vemos en su propia forma. Usarás, pues, Filotea, de uno de estos cuatro medios para poner el alma en la presencia de Dios antes de la oración; no empleándolos todos juntos, sino uno cada vez, y éste breve y simplemente.

III.- De la invocación, segundo punto de la preparación

La invocación se hace de esta manera: Sintiéndose tu alma ya en la presencia de Dios, se postrará con una extremada reverencia, cono-

ciéndose indignísima de hallarse delante tan soberana Majestad. Pero sabiendo que esta misma bondad lo quiere, le pedirás gracia para bien servirla y adorarla en esta meditación; y si quieres, bien podrás usar de algunas palabras breves y fervorosas, como estas de David: "No me desechéis, Señor, ¡Oh Dios mío!, de la presencia de vuestra cara, y no me neguéis el favor de vuestro santo espíritu (Sal. 50,13). Aclarad vuestra cara sobre vuestra hija (Sal. 30,17; 118,135), y considerará vuestras maravillas (Sal. 118,18). Dadme entendimiento, y miraré vuestra ley y la guardaré con todo mi corazón (Sal. 118,34). Yo soy vuestra sierva; dadme el espíritu" (Sal. 118,125). Y tales palabras semejantes a éstas. Sírvete también juntar la invocación de tu buen ángel y de las sagradas personas que se hallaron al misterio que tú meditas: como en el de la muerte de Nuestro Señor podrás invocar a Nuestra Señora, San Juan, la Magdalena, el buen Ladrón, para que los sentimientos y movimientos interiores que recibieron te sean comunicados: y en la meditación de tu muerte podrás invocar tu buen ángel, el cual se halla presente para inspirarte las considera-

ciones convenientes; y así harás en los otros misterios.

IV.- De la proposición del misterio, tercer punto de la preparación.

Después de estos dos puntos ordinarios de la meditación, hay otro tercero, que no es común a toda suerte de meditaciones: éste es el que los unos llaman fábrica de lugar, y los otros lición interior; y no es otra cosa sino proponer a la imaginación el cuerpo del misterio que se quiere meditar, como si real y verdaderamente le tuviésemos en nuestra presencia. Por ejemplo, si quisieses meditar a Nuestro Señor en la cruz, imaginarás estar en el monte Calvario, y que ves todo lo que se hizo y dijo el día de la pasión; o si quieres (porque todo es uno), imaginarás que en el mismo lugar donde estás crucificaron a Nuestro Señor de la manera que los evangelistas lo escriben. Lo mismo te digo cuando meditares la muerte, así como ya he dicho en su meditación como también en la del infierno, y en todos los otros misterios semejantes donde se trata de cosas visibles y sensibles; porque cuan-

to a los otros misterios de la grandeza de Dios, de la excelencia de las virtudes, del fin para que somos criados (las cuales todas son cosas invisibles), no es necesario servirse de esta suerte de imaginación. Verdad es que se puede emplear alguna similitud y comparación para ayudar a la consideración; mas aun esto es en alguna manera difícil, y no quiero tratar contigo sino muy simplemente, y de suerte que tu espíritu no se trabaje demasiado con tantas imaginaciones. Por medio de esta imaginación encerramos nuestro espíritu en el misterio que queremos meditar, para que no ande corriendo a diversas partes, ni más ni menos como cuando encierran un pájaro en una jaula, o como cuando atan el halcón a las pigüelas porque haga asiento en el puño. Algunos te dirán (no obstante esto) que es mejor usar del simple pensamiento de la fe, y de una simple aprehensión mental y espiritual en la representación de estos misterios; o bien considerar que estas cosas se hacen en tu propio espíritu. Mas todo esto es demasiado sutil para el principio; y hasta que Dios te levante más alto, yo te aconsejo, Filotea, te detengas en este primer escalón que te muestro.

V.- De las consideraciones. Segunda parte de la meditación

Después de la acción de la imaginación se sigue la acción del entendimiento, la cual llamamos meditación. Y no es otra cosa sino una o muchas consideraciones hechas para levantar el corazón a Dios y a las cosas divinas; en lo cual diferencia la meditación del estudio y de otros pensamientos y consideraciones, los cuales no se usan para adquirir la virtud o el amor de Dios, sino por otro algún fin e intención, como hacerse docto, para escribir o disputar. Habiendo, pues, encerrado tu espíritu, como he dicho, en lo encerrado del sujeto que quieres meditar, o por la imaginación si el sujeto es sensible, o por la simple proposición si es insensible; comenzarás a hacer sobre él consideraciones, para lo cual hallarás ejemplos formados en las meditaciones que ya te he dado. Y si tu espíritu halla bastante gusto, luz y fruto en alguna de las consideraciones, te detendrás en ella sin pasar adelante, haciendo como las abejas, que no dejan la flor hasta que hallan la sabrosa miel. Mas si no hallas el fruto que deseabas en la una

de las consideraciones, después que te hayas detenido un poco en ella, pasarás a otra; yéndote poco a poco y simplemente en esta obra, sin afligirte ni acongojarte.

VI.- De las afirmaciones y resoluciones. Tercera parte de la meditación

La meditación causa buenos movimientos en la voluntad y parte afectiva de nuestra alma, como son: el amor de Dios y del prójimo, el deseo del paraíso y de la gloria, el celo de la salud de las almas, la imitación de la vida de Nuestro Señor, la compasión, la admiración, la alegría; el temor de la desgracia de Dios, del juicio y del infierno; la confianza en la bondad y misericordia de Dios, la confusión con nuestra vida pasada: y en estos deseos y aficiones nuestro espíritu se debe extender y derramar lo más que le sea posible. Y si quieres hallar la ayuda para esto, lee el primer tomo de las *Meditaciones*, de don Andrés Capilla, y ve su prefacio, porque en él muestra el modo de dilatar estas aficiones y deseos; aunque más ampliamente lo hallarás en el padre Arias, en su *Tratado de la oración.*

No por esto, Filotea, has de detenerte tanto en estas aficiones generales que no las conviertas en resoluciones especiales y particulares para tu corrección y enmienda. Por ejemplo: la primera palabra que Nuestro Señor dijo en la cruz causará sin duda una buena afición de imitación en tu alma, es a saber, el deseo de perdonar tus enemigos y amarlos. Te digo, pues, que aun esto es muy poco si no juntas una resolución especial en esta forma: : "Ahora propongo y digo que no me picaré más de tales palabras enojosas que un vecino o vecina, mi doméstico o doméstica dicen de mí; ni de tal y tal menosprecio que me hacen algunas personas; antes diré y haré tal y tal cosa para apaciguarlos y atraerlos"; y por el consiguiente, en lo demás. Por este medio, Filotea, corregirás tus faltas en poco tiempo; cosa que por la sola afición, sin resolución, no podrás sino tarde y con dificultad.

VII.- De la conclusión y ramillete espiritual

Se ha de concluir la meditación por tres acciones, las cuales deben hacerse con la mayor humildad que sea posible:

La primera es la acción de las gracias, dándoselas a Dios de las buenas aficiones y resoluciones que nos ha dado y de su bondad y misericordia; la cual hemos descubierto en el misterio de la meditación.

La segunda es la acción y ofrenda, por la cual ofrecemos a Dios su misma bondad y misericordia, la muerte, la sangre, las virtudes de su Hijo, y juntamente con ellas, nuestras aficiones y resoluciones.

La tercera es aquella de la suplicación por la cual pedimos a Dios nos comunique las gracias y virtudes de su Hijo, y de la bendición a nuestras aficiones y resoluciones, para que así las podamos ejecutar fielmente. Después de esto, rogamos a Dios por la Iglesia, por nuestros prelados, parientes, amigos y otros, poniendo para esto la intercesión de Nuestra Señora, de los ángeles y de los santos; diciendo a la fin el

Pater noster y el *Ave María*, que es la general y necesaria oración de todos los fieles.

Después de todo esto, me ha parecido que será bien coger un ramillete de devoción; quiero decir, lo siguiente: los que se han paseado en un hermoso jardín, no salen de él de buena gana sin coger cuatro o cinco flores, en cuyo olor hallan todo aquel día regalos: así nuestro espíritu. Habiendo discurrido sobre algún misterio por la meditación, debemos escoger uno, dos o tres puntos que hayan cuadrado más a nuestro entendimiento, para que éstos queden en nuestra memoria todo aquel día, gozando espiritualmente de su suave olor. Esto se hace en el mismo lugar donde hemos meditado, entreteniéndonos o paseándonos con soledad algún tiempo después.

VIII.- Algunos avisos muy provechosos sobre el sujeto de la meditación.

Sobre todo es menester, Filotea, que al salir de la meditación tengas en la memoria las resoluciones y deliberaciones que habrás tomado, para practicarlas cuidadosamente en aquel día.

Este es el mayor fruto de la meditación, sin el cual es muchas veces no sólo inútil, pero dañosa; porque las virtudes meditadas y no practicadas hinchan y desvanecer a veces el espíritu y ánimo, pareciéndonos que somos ya los mismos que hemos resuelto y deliberado de ser: lo cual es sin duda verdadero, siendo las resoluciones vivas y sólidas; pero no son tales, sino antes vanas y peligrosas, no siendo practicadas. Menester es, pues, de todas maneras procurar practicarlas; y para esto buscar las ocasiones grandes o pequeña. Por ejemplo; si yo he propuesto de atraer por amor el espíritu de los que me han ofendido, procuraré este día encontrarlos, o por lo menos decir bien de ellos, y rogar por ellos a Dios.

Al salir de esta oración cordial, tendrás cuenta de no inquietar tu corazón, porque sería perder el bálsamo que has recibido por medio de la oración; esto es, que has de guardar (si te fuera posible) un poco de silencio, y rumiar poco a poco en tu corazón el pasado ejercicio, teniendo en la memoria, el más tiempo que puedas, el sentimiento y las aficiones que hubieres recibido. Un hombre que recibe en un vaso de her-

mosa porcelana algún licor de gran precio, para llevarle a su casa, este tal iría poco a poco, no echando la vista a ninguna parte, sino delante de sí, temiendo deslizar en alguna piedra o dar algún paso falso, mirando siempre lo que lleva, de miedo no se derrame. Lo mismo debes hacer tú al salir de la meditación. No te distraigas luego, sino mira simplemente tu camino; pero si encuentras alguno a quien estés obligado entonces es menester te acomodes al caso; pero de suerte que mires también tu corazón, porque el licor de la santa oración no se derrame sino lo menos que sea posible.

También es menester acostumbrarte a usar de la oración en todas suertes de acciones que tu vocación o profesión justa y legítimamente requieren, como el abogado abogando, el mercader en su trato, la mujer casada en la obligación de su matrimonio y casería de su casa: y esto con tanta suavidad y tranquilidad, que no por eso se turbe el espíritu: que pues lo uno y lo otro es según la voluntad de Dios, se ha de hacer también paso de lo uno o lo otro es espíritu de humildad y devoción.

Sabrás también que te sucederá algunas

veces, luego me hayas hecho la preparación, moverse toda su afición en Dios. Entonces, Filotea, menester es dejar la brida, sin querer seguir el método que te he dado: porque, aunque es verdad que ordinariamente la consideración deba preceder a la afición y resoluciones, como el Espíritu Santo te dé antes la afición que la consideración, no debes buscar la consideración, viendo que ésta no se hace sino para mover la afición. En fin, siempre que las aficiones se te presenten, has de recibirlas y hacerlas lugar, sea que lleguen antes o después de las consideraciones. Y aunque yo haya puesto las aficiones después de todas las consideraciones, no lo he hecho sino para mejor distinguir las partes de la oración; porque en lo demás, es una regla general que jamás se han de detener las aficiones, antes se les ha de dar lugar a que salgan cuando se nos presentan. Si esto te digo, no sólo se entiende por las otras aficiones, sino también por la acción de las gracias, el ofrecimiento y rogativa; que se pueden hacer por medio de las consideraciones, dándolas también lugar como a las otras aficiones: bien es verdad que para la conclusión de la meditación es

menester mencionarlas y repetirlas. Mas cuanto a las resoluciones, es menester hacerlas después de las aficiones, y al fin de toda la meditación antes de la conclusión; por cuanto habiéndonos éstas de representar objetos particulares y familiares, si las hiciésemos en medio de las aficiones, nos pondrían en peligro de distraernos y divertirnos.

En medio de las aficiones y resoluciones es bueno el usar de coloquio y hablar, ya con Nuestro Señor, ya con los ángeles y con las demás personas representadas en el tal misterio; con los santos, consigo mismo, con su corazón, con los pecadores y aun también con las criaturas insensibles; como se ve que David hace en sus salmos, y los otros santos en sus meditaciones y oraciones.

IX.- Para los desabrimientos que suceden en la meditación

Si te sucede, Filotea, sentir desabrimiento y desconsuelo en la meditación, te ruego no te inquietes, sino que antes abras la puerta a las palabras vocales, lamentándote tú misma de ti misma a tu Dios. Confiesa tu indignidad, ruéga-

le que te ayude, besa su imagen, si la tuvieres presente, y dile estas palabras de Jacob: "No te dejaré, Señor, hasta que me des tu bendición" (Gén. 32,26) o aquellas de la Cananea: "Si Señor, yo soy una perra; mas los perros comen de las migajas de la mesa de su señor" (Mt. 15,27).

Otras veces toma un libro y léele con atención, hasta que despierte tu espíritu y vuelva en sí; hiere alguna vez tu corazón con algún movimiento de devoción exterior, humillándote en tierra, cruzando las manos sobre el pecho, abrazando un crucifijo (entiéndese esto si éstas en algún lugar retirado). Y si después de todo lo dicho no hallares consuelo, por grande que sea el desabrimiento, no por eso te desasosiegues, sino antes continúa en tener una humildad devota delante tu Dios. ¡Cuántos cortesanos hay, que van cien veces a la cámara de su príncipe sin esperanza de hablarle, sino solamente para mostrar que cumplen con sus obligaciones! Así debemos nosotros venir, mi querida Filotea, a la santa oración, pura y simplemente, para cumplir con nuestra obligación y atestiguar nuestra fidelidad; que si es servida la divina Majestad de

hablarnos y entretenerse con nosotros por sus santas inspiraciones y consuelos interiores, nos será sin duda una gran honra y un placer muy regalado. Pero si no es servido de hacernos esta gracia, dejándonos allí sin hablarnos, como si no nos viera ni estuviésemos en su presencia, no por eso debemos salirnos, sino antes quedarnos delante esta soberana bondad con un semblante devoto y apacible. Y así infaliblemente le agradará nuestra paciencia, y notará nuestra continuación y perseverancia; y otra vez cuando volviéremos a su presencia, nos favorecerá y se entretendrá con nosotros por medio de sus consolaciones, haciéndonos ver la amenidad de la santa oración. Y cuando no hiciese esto, contentémonos, Filotea, conque nos es una honra en extremo grande el estar cerca de él y a su vista.

X.- Ejercicios para la mañana

Fuera de esta oración mental entera y formada y las otras oraciones vocales que estás obligado a hacer cada día, hay otras cinco suertes de oraciónes, que sirven como de adelantamiento y

ayuda a la otra grande oración. Entre las cuales la primera es la que se hace a la mañana, como una preparación general para todas las obras del día. Se hará, pues, de esta manera.

1.- Da gracias y adora a Dios profundamente por la merced que te ha hecho en conservarte la noche precedente; y si en ella hubieres cometido algún pecado, pídele perdón.

2.- Mira que el día presente se te ha dado para que en él puedas ganar el venidero día de la eternidad y harás un firme propósito de emplear a este fin bien el día.

3.- Prevé qué negocios, qué tratos o qué ocasiones puedes encontrar este día para servir a Dios, y que tentaciones te podrán sobrevenir para ofenderle o por cólera o por vanidad o por otro desconcierto, Y con una santa resolución prepárate para emplear bien los medios que se te ofrecieren para servir a Dios y adelantar tu devoción; y al contrario, te dispondrás a evitar, combatir y vencer lo que se te presentare contra tu salud y gloria de Dios. Y no basta el hacer esta resolución, sino que se han de preparar los medios para bien ejecutarla: por ejemplo, si yo preveo que he de tratar de algún negocio con

alguna persona apasionada y pronta a la cólera, no sólo resolveré no ofenderla, sino antes prepararé palabras blandas para prevenirla, o la asistencia de alguna persona que la pueda contener. Si preveo que he de visitar un enfermo, dispondré la hora, las consolaciones y socorro que tengo que darle. Y así en lo demás.

4.- Hecho esto, humíllate delante de Dios, reconociendo que de ti misma no podrías hacer nada de lo que has deliberado, sea para huir el mal o para ejecutar el bien; y como si tuvieses tu corazón en tus manos, ofrécele con todos tus buenos disinios a la divina Majestad, suplicándola le reciba en su protección y le fortifique, para que mejor se aplique a su santo servicio; haciendo esto con tales o semejantes palabras interiores: "¡Oh Señor! Ves aquí este pobre y miserable corazón, que por tu bondad ha concebido muchos buenos deseos; más, ¡ay de mí!, que de suyo es muy flaco y débil para efectuar el bien que desea, si tú, Señor, no le repartes tu celeste bendición. La cual a este fin te pido, ¡oh Padre de mansedumbre!, por los merecimientos de la pasión de tu precioso Hijo; a cuyo honor consagro este día y lo restante de mi vida".

Invoca a Nuestra Señora, tu Angel de la Guarda y los santos, para que a este fin te ayuden.

Todas estas aficiones espirituales se han de hacer breve y vivamente, antes de salir del aposento (si fuere posible), para que por medio de este ejercicio todo lo que hicieres en el espacio del día sea participante de la bendición del Señor. Te ruego, Filotea, no faltes jamás en esto.

XI.- Del ejercicio de la noche, y el examen de la conciencia

Como antes del comer temporal haces tu comida espiritual por medio de la meditación, así antes de cenar has de hacer una pequeña cena, o al menos una colación devota y espiritual. Procura, pues, algún lugar un poco antes de la hora del cenar, y postrado delante de Dios, recogiendo tu espíritu en Cristo crucificado (el cual te le representas por una simple consideración y vista interior), vuelve a encender el fuego de tu meditación matutina en tu corazón con vivas aspiraciones, humildades y muestras amorosas: que harás en honor de este divino Salvador de tu alma, o bien repitiendo los pun-

tos en que habrás hallado más gusto en la meditación de la mañana, o bien excitándote a otro sujeto nuevo, según mejor te pareciere.

Cuanto al examen de conciencia, que se debe hacer siempre antes de acostarse, cualquiera sabe cómo se ha de practicar.

1.- Dar gracias a Dios por habernos guardado el pasado día.

2.- Examínase cómo se ha gobernado en todas las horas del día. Y para hacer esto más fácilmente, se considera dónde, con quién, en qué ocupaciones se ha estado.

3.- Si se halla haber hecho algún bien, dé a Dios las gracias; si, al contrario, se ha hecho algún mal con pensamientos, palabras u obras, pídese perdón a su divina Majestad, con resolución de confesarse en la primera ocasión y de enmendarse cuidadosamente.

4.-Después de esto, se encomienda a la Providencia divina el cuerpo, el alma, la Iglesia, los parientes, los amigos; rézase a Nuestra Señora, al Angel de la Guarda, a los santos, para que nos amparen y sean nuestros intercesores; y con la bendición divina se va a gozar del reposo, no excusado a esta parte mortal.

Este ejercicio no debe jamás olvidarse, así como el de la mañana. Por el de la mañana abres las ventadas de tu alma al Sol de la justicia; y por el de la noche las cierras a las tinieblas del infierno.

XII.- De la celda espiritual

Aquí es, querida Filotea, donde con aficionado deseo debes seguir mi consejo, porque en este artículo consiste uno de los más seguros medios de tu adelantamiento perpetuo.

Llama a tu espíritu las más veces que pudieres al día, a la presencia de Dios, por uno de los cuatro modos que ya te he dicho; y mira lo que hace Dios y lo que tú haces, verás sus ojos vueltos a tu lado, y perpetuamente fijos en ti con un amor incomparable. Dirás, pues: "¡Oh Dios mío! ¿Por qué no te miro yo siempre como tú siempre me miras? ¿Por qué no te miro yo siempre como tú siempre me miras? ¿Por qué piensas, Señor mío, en mí tan a menudo; y por qué pienso yo en ti tan pocas veces? ¿Dónde estamos, pues, ¡Oh alma mía!? Nuestro verdadero lugar es Dios; ¿dónde, pues, nos hallamos?".

Como los pájaros hacen sus nidos sobre los árboles, donde cuando han menester hallan su retirada; y los ciervos tienen sus matas y sus fuertes, en los cuales recelosos se encaman y cubren, gozando el fresco de la sombra en verano; así, Filotea, nuestros corazones deben tomar y escoger cada día algún puesto (o sobre el monte Calvario, o en las llagas de Nuestro Señor, o en otro lugar cerca de él), para hacer nuestras retiradas en cualquier suerte de ocasiones, y allí consolarnos y recrearnos entre los negocios exteriores, estando allí como en un fuerte, de donde se defenderá de las tentaciones. Dichosa será el alma que podrá decir con verdad a Nuestro Señor: "Tú, Señor, eres mi casa de refugio, (Sal. 30,33) mi muralla segura, mi techo contra el agua y mi sombra contra el calor". (Eclo. 34,19).

Acuérdate, pues, Filotea, de retirarte muchas veces a la soledad de tu corazón, mientras que corporalmente estás en medio de las conversaciones y negocios, que esta soledad mental de ninguna manera puede ser impedida por la muchedumbre de los que tienes presentes, porque éstos no están alrededor de tu corazón, sino

sólo de tu cuerpo. Procurarás, pues, que tu corazón sólo esté en la presencia de Dios solo. Este era el ejercicio que hacía el rey David en medio de tantas ocupaciones como tenía, como vemos en mil pasos de sus salmos. "¡Oh Señor!. Siempre estoy contigo; yo siempre veo a mi Dios delante de mí (Sal, 15,8); mis ojos he levantado a ti, ¡oh Dios mío! que habitas en el cielo (Sal. 122,1): mis ojos están siempre en Dios (Sal. 24,15)".

También las consideraciones no son de ordinario de tanta importancia que no se pueda a tiempo retirar el corazón a esta divina soledad.

El padre y madre de Santa Catalina de Sena, habiéndola quitado todas las comodidades, como lugar y tiempo para rezar y meditar en Nuestro Señor, la inspiró hiciese un interior oratorio en su espíritu; dentro del cual retirándose mentalmente, ejercitaba en medio de los negocios exteriores esta sana y cordial soledad. Y cuando el mundo después la perseguía o tentaba, no por eso recibía ninguna incomodidad; y esto decía que era porque en tales ocasiones se encerraba en el camerín interior de su entendimiento, donde se consolaba con su celeste

Esposo. Y así, desde entonces, aconsejaba a sus hijos espirituales hiciesen un aposento en su corazón, donde pudiesen vivir seguros.

Retira, pues, a veces tu espíritu a tu corazón, donde separado de todos los hombres, puedas tratar cordialmente de tu alma con tu Dios, diciendo con David (Sal. 101, 7.8): "Yo he velado y he sido semejante al pelícano de la soledad, y me he hecho como el búho en el domicilio y como el pájaro solitario en el tejado". Las cuales palabras, fuera de su sentido literal (que atestigua cómo este gran rey reservaba algunas horas a la soledad en la contemplación de las cosas espirituales), nos muestran en su sentido místico tres excelentísimas retiradas, y como tres ermitas, en la cuales podemos ejercer nuestra soledad a la imitación de Nuestro Salvador: el cual en el monte Calvario fue como el pelícano de la soledad, que con su sangre da vida a sus polluelos muertos: en su natividad en un pesebre desierto, fue como el búho en el domicilio, plañendo y llorando nuestras faltas y pecados; en el día de su ascensión fue como el pájaro, retirándose y volando al cielo que es como techo del mundo: y en todos estos tres lugares

podemos hacer nuestras retiradas en miedo de la confusión de los negocios. El bienaventurado Elizario, conde de Arian, en Provenza, habiendo estado mucho tiempo ausente de su devota y casta Delfina, ella le envió un correo para que la trajese nuevas ciertas de la salud de su esposo, y él respondió: "Yo estoy bueno, mi amada compañía; y si me quisieres ver, buscadme en la llaga del lado de nuestro dulce Jesús, porque allí es donde yo habito y donde vos me hallaréis; y en otra parte será buscarme en vano". Con razón se podía llamar a este caballero cristiano.

XIII.- De las aspiraciones, oraciones jaculatorias y buenos pensamientos

Retírase a Dios, por cuanto se aspira a él, y aspírase para retirarse; de manera que la aspiración en Dios y la retirada espiritual se conservan la una a la otra, y entre ambas provienen y nacen de los buenos pensamientos.

Aspira, pues, a menudo en Dios, Filotea, por cortas, pero ardientes salidas de tu corazón; admira su hermosura, invoca su ayuda, échate en espíritu al pie de la cruz, adora su bondad;

pregúntale a menudo por su salud, dale mil veces al día tu alma, fija tus ojos interiores en su dulzura, alárgale la mano como un niño a su padre, para que él te conduzca; ponle sobre tu pecho como un ramillete regalado; arbólale en tu alma como un estandarte, y haz mil suertes de diversos movimientos en tu corazón, para darte a ti misma el amor de Dios y ejercitarte a una apasionada y tierna dirección de este divino Esposo.

Así hacen las oraciones jaculatorias que el gran San Agustín aconseja cuidadosamente a la devota dama Prova. Filotea, nuestro espíritu, si se da al trato, privanza y familiaridad de su Dios, se perfumará todo de sus perfecciones. Y, mirando bien, no es nada dificultoso este ejercicio, porque se puede entrelazar en todos nuestros negocios y ocupaciones, sin que por eso se estorben; por cuanto (sea en la celda espiritual, o sea en estos asaltos interiores) no se hacen solo pequeños y cortos divertimentos, los cuales no estorban de ninguna manera, antes sirven mucho al progreso de lo que hacemos. El peregrino que toma un poco de vino para alegrar el corazón y refrescar la boca, aunque se detiene

un poco, no por eso rompe el camino, antes recibe fuerzas para acabarle más presto y más fácilmente, no deteniéndose sino para mejor poder andar.

Muchos han juntado diversas aspiraciones vocales, que verdaderamente son muy útiles; pero a mi parecer, Filotea, no te atarás a ninguna suerte de palabras, antes pronunciarás, o de boca o de corazón, las que el amor te enseñare, porque él te dará las mejores. Verdad es que hay ciertas palabras que tienen particular fuerza para contentar el corazón en este particular, como son los fervorosos asaltos, que tan a menudo hallarás en los salmos de David; las invocaciones diversas del nombre de Jesús, los pasos de amor que están impresos en el Cántico de los Cánticos. Las canciones espirituales sirven también al mismo efecto, cantándose con atención.

En fin, como los que están enamorados de un amor humano y natural tienen casi todos los pensamientos en la cosa amada, lleno el corazón de afición para con ella, la boca llena de sus alabanzas, no perdiendo en ausencia ocasión de mostrar por cartas su afición, ni hallan-

do árbol en cuya corteza no escriban el nombre de quien aman; así los que aman a Dios no pueden cesar de pensar en Él, respirar por Él, aspirar a Él y hablar de Él; y quisieran, si fuese posible, grabar en el pecho de todas las personas del mundo el santo y sagrado nombre de Jesús.

A lo cual todas las cosas los convidan, y no hay criatura que no les anuncie la alabanza de su bien amado; y (como dice San Agustín, después San Antonio) todo cuanto hay en el mundo los habla con una lengua muda, pero muy inteligente, a favor de su amor; todas las cosas los provocan a buenos pensamientos, de los cuales nacen después muchas salidas y aspiraciones en Dios. Y ves aquí algunos ejemplos.

San Gregorio, obispo de Nacianzo (según él mismo contaba a su pueblo), paseándose a las orillas del mar, consideraba cómo adelantándose las olas sobre la tierra dejaban almejas, conchuelas, caracolillos, tallos de yerbas, ostrecillas pequeñas, y semejantes menudencias que la mar desechaba, o por manera de decir, escupía a las orillas; y volviendo después con nuevas olas, tornaba a tomar y recoger parte de lo que había dejado, mientras que las rocas de alrede-

dor quedan firmes y inmóviles, por más que las combatía con la resaca furiosa continuada. Sobre esto fabricó este espiritual pensamiento: que los flacos, como las almejas, conchuelas y caracolillos, se dejan llevar, ya a la afición y ya a la consolación, puestos a la voluntad de las ondas y olas de la fortuna; pero que los grandes ánimos quedan firmes e inmóviles a cualquier suerte de borrasca. Y de este pensamiento hizo nacer estos fervorosos afectos de David (Sal 68, 1, 15,3): "!Oh Señor! Sálvame, porque las aguas han penetrado hasta mi alma. ¡Oh Señor! Líbrame del profundo de las aguas, que me han llevado al profundo de la mar, y la tempestad me ha sumergido"; porque entonces se hallaba en grande aflicción, viendo que Máximo intentaba usurpar su obispado.

San Fulgencio, obispo de Ruspa, hallándose en una junta general de la nobleza romana, la cual hacía Teodorico, rey godo, y viendo el resplandor de tantos señores que estaban en hilera, cada uno según su calidad, dijo: "¡Oh Dios mío, y cuán hermosa debe de ser la Jerusalén celeste, pues aquí abajo se ve tan pomposa Roma la terrestre!. Y si en este mundo alcanzan tanto

resplandor los amadores de la vanidad, ¿qué gloria será la que en el otro mundo se reserva para los amadores de la verdad?"

Dícese que San Anselmo, arzobispo de Cantorbia (cuyo nacimiento han con extremo honrado nuestras montañas), era admirable en esta práctica de buenos pensamientos. Una liebre perseguida de los perros fue a guarecerse debajo del caballo de este santo prelado (que por entonces hacía una jornada), como a un refugio que la salvaría del inminente peligro de la muerte; y los perros, ladrando alrededor, no osaban acometer y violar la inmunidad a la cual la presa había encaminado su curso; espectáculo cierto, extraordinario, y que hacía reír a todos los asistentes, mientras el gran Anselmo lloraba y gemía. "Vosotros, os reís (decía), mas la pobre bestia no se ríe. Los enemigos del alma, perseguida y mal guiada por diversos rodeos en mil suertes de pecados, la espera al estrecho de la muerte para arrebatarla y tragársela; y ella, espantada y medrosa, busca por todo socorro y refugio; y si no se halla, sus enemigos se burlan y ríen". Dicho esto, prosiguió su camino gimiendo y suspirando".

Constantino el Magno escribió con mucha reverencia a San Antonio, de que los religiosos que estaban alrededor de él se espantaron mucho; y él les dijo: "¿Cómo os espantáis vosotros de que un rey escriba a un hombre? Espantaos antes de que Dios eterno ha escrito su ley a los mortales, hablándoles boca a boca, en la persona de su Hijo"

San Francisco, viendo una sola oveja en medio de una tropa de cabras, dijo a su compañero: "Mira, y ¡cuán mansa va la pobre ovejuela en medio de tantas cabras!. Así iba Nuestro Señor manso y humilde entre los fariseos". Viendo otra vez un pequeñuelo corderillo, y que le comía un puerco, dijo: "¡Oh pobre corderillo, y cuán al vivo representas la muerte de mi Salvador!".

Aquel gran personaje de nuestra edad, Francisco de Borja, por entonces aún duque de Gandía, yendo a caza, hacía mil devotas consideraciones: "Con razón debo admirarme (decía) de ver que los halcones vuelven a la mano, se dejan cubrir los ojos y atar a la percha, y que los hombres se muestren tan ariscos a la voz de Dios". El gran San Basilio dice que la rosa entre

las espinas da a entender a los hombres lo siguiente: "Lo que es más agradable en este mundo, ¡oh mortales!, está mezclado de tristeza; no hay cosa pura: el pesar sigue siempre a la alegría, la viudez al casamiento, el cuidado a la fertilidad, la ignominia a la gloria, el gasto a la honra, el disgusto a los regalos, y la enfermedad a la salud. Es una hermosa flor (dice el santo) la rosa, pero cáusame una gran tristeza, advirtiéndome de mi pecado, por el cual la tierra ha sido condenada a traer espinas". Mirando un alma devota un arroyo, y viendo en él representado el cielo con sus estrellas en una noche serena, dijo: "¡Oh Dios mío!. Estas mismas estrellas estarán debajo de mis pies cuando tú, Señor, me alojes en tus santos tabernáculos; y como las estrellas del cielo son representadas en la tierra, así los hombres de la tierra son representados en el cielo en la viva fuente de la caridad divina". Viendo otro río ondear y levantar olas, dijo así: "Mi alma no tendrá jamás reposo hasta que se vea anegada en el mar de la divinidad, que es su origen". Y Santa Francisca, considerando un agradable arroyo, a cuya orilla estaba arrodillada para hacer oración, fue arrebatada en éxtasis,

repitiendo muchas veces estas palabras en baja voz: "La gracia de mi Dios camina y se extiende con tanta dulzura como este pequeño arroyuelo". Otro, viendo los árboles floridos, suspiraba, diciendo: "¿Por qué yo sólo estoy sin flor en el jardín de la Iglesia?" Otro, viendo unos pequeños polluelos abrigados de las alas de la madre: "¡Oh Señor! (dijo): Conservadnos debajo de la sombra de vuestras alas" (Sal, 16,8).

No me puedo contener que no diga el pensamiento del gran San Basilio quien, considerando la rosa en medio de las espinas, dice que habla a los hombres haciéndoles esta amonestación: "Lo que más deleitoso se nos muestra en el mundo, ¡oh mortales!, va mezclado con tristeza. Nada hay puro en él. El sentimiento va ligado a la alegría, la viudez al casamiento, la preocupación a la fecundidad, la ignominia a la gloria, el gasto a los honores, la repugnancia a las delicias, la enfermedad a la salud. En verdad la rosa es una hermosa flor, dice este santo personaje, pero me procura una gran tristeza al representarme mi pecado, por el cual la tierra se ha visto condenada a tener espinas".

Otro, viendo el tornasol, dijo: "¿Cuándo será

el tiempo, Dios mío, que seguirá mi alma las atracciones de tu bondad?". Y viendo en un jardín la flor que llaman pensamientos, hermosa a la vista, pero sin olor ninguno repetía diciendo: "¡Ay de mí, tales son mis pensamientos; hermosos para dichos, mas sin efecto ni producción".

¿Ves aquí, Filotea, cómo se sacan los buenos pensamientos y santas aspiraciones de aquello que se presenta en la variedad de esta vida mortal?. Desventurados son aquellos que desvían las criaturas de su Criador para allegarlos al pecado; y dichosos aquellos que las atraen a la gloria de su Criador, y emplean su vanidad en honra de la verdad. "Cierto (dice San Gregorio Nacianceno), yo he acostumbrado traer todas las cosas a mi provecho espiritual". Lee el devoto epitafio que San Jerónimo hizo a Santa Paula, porque es un gran consuelo ver cuán sembrado está de aspiraciones y contemplaciones sagradas, de las cuales usaba ella en cualquier suerte de ocasiones.

En este ejercicio de la celda espiritual y de las oraciones jaculatorias se funda la grande obra de la devoción. Puede suplir la falta de

todas las otras oraciones; pero la suya casi no puede ser reparada por ningún otro medio. Sin este ejercicio no se puede usar bien de la vida contemplativa; y aun no podría, sino mal, ejercerse la vida activa. Sin él, el reposo no es sino ociosidad, y el trabajo, congojoso aprieto. Por esto, pues, procuro persuadirte la abraces con todo tu corazón, sin que jamás té apartes de él.

XIV.- De la santísima misa y como se ha de oír

1.- Aún no te he hablado, mi Filotea, hasta ahora del sol de los ejercicios espirituales, que es el santísimo, sagrado y soberano sacrificio y sacramento de la misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina; y por el cual Dios, aplicándose realmente a nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores.

2.- La oración que se hace en la unión de este divino sacrificio tiene una fuerza indecible; de suerte, Filotea, que por él abunda el alma de celestes favores, como apoyada en su verdadero

bien (Cant. 8,5): el cual la hinche de manera de olor y suavidad espiritual, que parece una columna de humo de madera aromática, de mirra, de incienso y de todos los polvos odoríferos, como se dice en los Cánticos (Cant. 3,6).

3.-Procura, pues, con todas veras hallarte todos los días en la santa misa, para ofrecer juntamente con el sacerdote, tu Redentor, a su Santo Padre por ti y por toda la Iglesia, de la que el sacerdote es en esta acción como su procurador y diputado, presentando en nombre de ella esta oblación tan saludable. Jamás sabríais ofrecer a la Majestad divina un honor más digno que éste, pues entre todos los honores que se ofrecen a Dios, y entre todas las adoraciones que se le tributan, y sobre todos los sacrificios por los cuales se le adora, la santa misa tiene una jerarquía incomparable y única. Entre todos los honores destaca la adoración; entre las adoraciones, las que se hace por el sacrificio es la más digna, y entre todos los sacrificios, el de la santa misa tiene una categoría incomparable y única, es decir, la misma categoría del sacrificio de la cruz, puesto que se trata de la misma hostia.

Hállanse siempre los ángeles presentes en gran número (como dice San Juan Crisóstomo), para honrar este santo misterio; y hallándonos nosotros con ellos, y con una misma intención, no podemos dejar de recibir muchas influencias propicias por medio de tal compañía. Los corazones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante se vienen a atar y juntar a Nuestro Señor en esta divina acción, para que con él, en él y por él arrebatemos el corazón de Dios Padre, haciendo su misericordia muy de nuestra parte. ¡Qué dicha tiene un alma en contribuir devotamente sus aficiones y deseos por un bien tan precioso y digno de desear!.

4. Si por alguna forzosa ocupación no pudieres hallarte presente a la celebración de este soberano sacrificio, a lo menos será necesario asista tu corazón con una espiritual presencia. A cualquier hora, pues, de la mañana irás en espíritu, si no pudieres de otra manera, a la iglesia, y unirás tu intención a la de todos los cristianos, y harás las mismas acciones interiores en el lugar donde estuvieres, que hicieras si estuvieras realmente presente al oficio de la santa misa en alguna iglesia.

5. Para oír, o realmente o mentalmente, la santa misa como conviene:

1) Desde el principio hasta que el sacerdote se haya llegado al altar, harás con él la preparación; la cual consiste en ponerse en la presencia de Dios, conocer tu indignidad y pedir perdón de tus faltas.

2) Desde que el sacerdote está en el altar hasta el evangelio, considera la venida y vida de Nuestro Señor en este mundo, con una simple y general consideración.

3) Después del Evangelio hasta después del Credo considera la predicación de nuestro Salvador, protesta de querer vivir y morir en la fe y obediencia de la santa palabra y en la unión de la santa Iglesia católica.

4) Después del *Credo* hasta el *Pater noster* aplica tu corazón a los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que son actual y esencialmente representados en este santo sacrificio; el cual, con el sacerdote y demás pueblo, ofrecerás a Dios Padre, a honor suyo y por tu salud.

5) Después del *Pater noster* hasta la comunión procura levantar en tu corazón mil deseos,

pidiendo en ellos el estar para siempre junta y unida a tu Salvador por amor eterno.

Después de la comunión gasta el fin da gracias a su divina Majestad por su encarnación, por su vida, por su muerte, por su pasión y por el amor que nos asegura en este santo sacrificio; pidiéndole por él te sea siempre propicio a tus parientes, a tus amigos y a toda la Iglesia. Y humillándote de todo tu corazón, recibirás devotamente la bendición divina que Nuestro Señor te da por mano de su sacerdote.

Pero, si quieres durante la misa hacer tu meditación sobre los misterios que vas continuando de día en día, no será menester que te diviertas en estas particulares acciones; antes bastará que al principio endereces tu intención a adorar y ofrecer este santo sacrificio por medio del ejercicio de tu medicación y oración; pues en toda meditación se hallan las acciones arriba dichas, o expresa o tácitamente o en virtud.

XV.- De los otros ejercicios públicos y comunes

Fuera de esto, Filotea, es menester hallarse

las fiestas y domingos al oficio de horas y vísperas, mientras te dieren lugar tus obligaciones, porque estos días son dedicados a Dios, y conviene en ellos mostrar más acciones de virtud a honra y gloria suya. Sentirás mil dulzuras de devoción por este medio, como hacía San Agustín; el cual nos muestra en sus *Confesiones* que, oyendo los oficios divinos, al principio de su conversión, su corazón se deshacía en suavidad, y sus ojos, en lágrimas de piedad. Y es cierto (y esto quede dicho para adelante) que encierran siempre mayor bien y consuelo los oficios públicos de la Iglesia que no las acciones particulares, por cuanto ha Dios ordenado que la comunión se prefiera a toda suerte de particularidad.

Entra de buena gana en las cofradías del lugar donde resides, y particularmente en aquellas cuyos ejercicios traen más fruto y edificación, porque en esto mostrarás una suerte de obediencia muy agradable a Dios; que aunque las cofradías no son expresamente mandadas, son con todo eso encomendadas por la Iglesia, la cual, para mostrar que desea que muchos entren en ellas, da indulgencias y otros privile-

gios a los cofrades. Fuera de esto, es siempre una obra de muchas caridad el concurrir con muchos y cooperar con ellos por sus buenos disinios. Y aunque puede acaecer usar de tan buenos ejercicios retiradamente como se usan en las cofradías en común, y que podría ser se gustase más de usarlos en particular; con todo eso, Dios es más glorificado en la unión y contribución que le hacemos de nuestras buenas obras con nuestros hermanos y prójimos.

Lo mismo digo de todas suertes de oraciones y devociones públicas, a las cuales debemos, cuanto no sea posible, mostrar buen ejemplo para la edificación del prójimo y particular nuestro, encaminado todo a la gloria de Dios e intención común.

XVI.- Que se han de honrar e invocar los santos

Pues nos envía Dios tan a menudo las inspiraciones por sus ángeles, también debemos nosotros, y por el mismo medio, enviar al cielo nuestras inspiraciones. Las santas almas de los difuntos que están en el paraíso con los ángeles,

y como dice Nuestro Señor (Mt. 22,30), iguales y parejos a los ángeles, hacen también el mismo oficio de inspirar en nosotros y aspirar por nosotros mediante sus santas oraciones.

Filotea mía, juntemos, pues, nuestros corazones a estos celestes espíritus y dichosas almas; porque así como los pequeños ruiseñores aprenden a cantar con los grandes, así por el santo comercio que haremos con los santos, sabremos mejor rezar y cantar las alabanzas divinas: "Yo diré el salmo decía David (Sal 137,2) a la vista de los ángeles".

Honra, reverencia y respeta con un especial amor la sagrada y gloriosa Virgen María, que, pues es Madre de nuestro soberano Padre, por consiguiente será nuestra abuela. Valgámonos, pues, de ella, y como hijos suyos, arrojémonos en su regazo con una confianza perfecta; a cualquier hora y en cualquier ocurrencia invoquemos esta dulce y piadosa madre, invoquemos su amor maternal y procuremos imitar sus virtudes: sea para con ella siempre nuestro corazón como el de un hijo para con su madre. Hazte muy familiar con los ángeles, míralos a menudo invisiblemente presentes a tu vida, y sobretodo,

al cual estás encomendada; también los de las personas con quienes vives, y especialmente el tuyo; suplicios a menudo, alábalos de ordinario, y pídeles su ayuda y socorro en todos tus negocios, sean espirituales o temporales, para que cooperen en tus santas intenciones.

El gran Pedro Fabro, primer sacerdote, primer predicador, primer lector de teología de la santa Compañía el nombre de Jesús, y primer compañero del santo Ignacio, fundador de ella, viniendo un día de Alemania, donde había hecho grandes servicios a honra y gloria de Nuestro Señor, y pasando a este obispado (lugar de su nacimiento), contaba que, habiendo pasado muchos lugares de herejes, había recibido mil consuelos saludando, luego que llegaba a cada parroquia, a los ángeles protectores de ellas; en los cuales había conocido sensiblemente haberle sido propicios, así para librarle de las emboscadas de los herejes como para darle muchas almas blandas y dóciles a recibir una saludable doctrina. Y decía esto con tanto espíritu, que una mujer de calidad, entonces moza, habiéndolo oído de su misma boca, lo contaba no ha sino cuatro años (esto se entiende

más de sesenta años después) con un extremo sentimiento. El año pasado recibí no pequeño consuelo consagrando un altar en el mismo lugar y puesto donde fue Dios servido naciese este grande varón, que fue en Villaret, aldea pequeña entre nuestras más ásperas montañas.

Escoge algunos santos particulares, cuya vida puedas mejor gustar e imitar, teniendo en su intercesión una particular confianza. El de tu nombre ya se te señaló desde tu bautismo.

XVII.- ¿Cómo se ha de oír y leer la palabra de Dios

Sé devota de la palabra de Dios, sea escuchándola en discursos familiares con tus amigos espirituales, o bien oyéndola en el sermón. Óyela siempre con atención y reverencia; aprovéchate bien de ella, y no permitas que se te caiga en tierra; antes la recibe como un precioso bálsamo, dentro de tu corazón, a imitación de la Santísima Virgen, que conserva en él cuidadosamente todas las palabras que decía su precioso Hijo (Lc. 2,19). Y acuérdate que Nuestro Señor recoge las palabras que le deci-

mos en nuestras oraciones a medida de cómo recogemos las que él nos dice en la predicación.

Ten siempre a mano algún buen libro de devoción, como son los de San Buenaventura, de Gersón, de Dionisio cartujado, de Luis Blosio, de fray Luis de Granada, de Stela, de Arias, de Pinelo, de Avila, el *Combate espiritual,* las *Confesiones* de San Agustín, las *Epístolas* de San Jerónimo y otros semejantes; y lee cada día un poco con grande devoción, como si leyeses cartas misivas que los santos te hubieran enviado del cielo para mostrarte su camino y darte ánimos de ir allá. Lee también las historias de las vidas de los santos, en las cuales, como en un espejo, verás el retrato de la vida cristiana, y acomoda sus acciones a tu provecho según tu manera de vivir; porque, aunque es verdad que muchas acciones de santos no son absolutamente imitables por los que viven en medio del mundo, con todo eso, pueden todas ser seguidas o de cerca o de lejos. La soledad de San Pablo, primer ermitaño, es imitada en tus retiradas espirituales y reales, de las cuales hablaremos y hemos hablado; la extrema pobreza de San Francisco, por la práctica de la pobre-

za de que adelante trataremos; y así en lo demás. Es verdad que hay ciertas historias que nos dan más luz que otras para conducir nuestra vida, como la de la bienaventurada madre Teresa, la cual es admirable a este fin; las vidas de los primeros jesuitas, la del bienaventurado cardenal Borromeo, de San Luis, de San Bernardo, las corónicas de San Francisco y otras semejantes. Hay otras donde hay más sujeto de admiración que de imitación, como la de Santa María Egipcíaca, de San Simón Stilites, de las dos santas Catalina de Siena y de Génova, de Santa Angela, y otras tales, las cuales no dejan por eso de darnos un grande y general gusto del santo amor de Dios.

XVIII.- ¿Cómo se han de recibir las inspiraciones?

Llamamos inspiraciones todos los atraimientos, movimientos, contradicciones, remordimientos interiores, luz y conocimiento que Dios obra en nosotros, previniendo nuestro corazón en su bendición (Sal. 20.3) por su santo y paternal amor, para despertarnos, excitarnos, impe-

lernos y acercarnos a las santas virtudes, al amor celeste, a las buenas resoluciones y, en suma, a todo aquello que nos encamina a nuestro bien eterno. Esto es lo que el esposo llama tocar a la puerta (Cant. 5,2) y hablar al corazón de su esposa (Is. 40,2; Oc 2,14), despertarla cuando duerme (Cant. 5,2), gritarla cuando está ausente (Cant. 2,10.13), convidarla a su dulzura y a coger manzanas y flores en su jardín (Cant. 5,1; 6,1), y a cantar y hacer resonar su dulce voz en sus orejas (Cant. 2,14).

Usaré de una similitud para mejor hacerme entender. Para la entera resolución de un casamiento deben intervenir tres acciones cuanto a la mujer que quieren casar; porque lo primero la proponen la parte, lo segundo agradece la proposición, y lo tercero consiente. Así Dios, queriendo hacer en nosotros, por nosotros o con nosotros alguna acción de grande caridad, lo primero nos la propone por su inspiración, lo segundo la agradeceremos y, en fin, en tercer lugar consentimos; porque así como para bajar al pecado hay tres gradas: la tentación, la delectación y el consentimiento; así hay también tres para subir a la virtud; la inspiración, que es con-

traria a la tentación; la delectación en la inspiración, que es contraria a la delectación en la tentación; y el consentimiento a la inspiración, que es contrario al consentimiento en la tentación.

Cuando la inspiración durase todo el tiempo de nuestra vida, no por eso seríamos de ninguna manera agradables a Dios no tomando gusto en ella; antes su divina Majestad estaría ofendida, como lo estuvo de los israelitas cuando estuvo con ellos cuarenta años (como él mismo lo dice) (Sal. 94,10) solicitándolos a convertirse, sin que jamás quisiesen entenderle; causa por qué, movida su ira contra ellos, juró que jamás entrarían en reposo (Sal. 94,11). También el galán que hubiese largo tiempo servido a una dama se hallaría muy desobligado si después de tantos servicios no quisiese ella de ninguna manera oír tratar del casamiento.

El gusto que se recibe en las inspiraciones es una gran guía a la gloria de Dios, comenzando ya con él a agradar a su divina Majestad; porque, aunque este deleite no es aún un entero consentimiento, es una cierta disposición que camina a él; y si es una buena señal y cosa muy útil el oír con gusto la palabra de Dios, que es

como una inspiración interior. Este gusto y placer es del cual hablando la esposa sagrada, dice así (Cant. 5,6): "Mi alma se ha deshecho de placer cuando mi bien amado habló".

También el galán está contento con la dama que sirve, y se siente favorecido viendo que le son sus finezas agradables y bien recibidas.

Mas, en fin, el consentimiento es el que acaba el acto virtuoso; porque si, siendo inspirados y habiéndonos agradado la inspiración, no obstante esto rehusamos el consentimiento a Dios, somos por extremo desconocidos y ofendemos grandemente a su divina Majestad, porque parece que en esto mostramos un grande menosprecio. Esto fue lo que sucedió a la esposa; porque, aunque la dulce voz de su bien amado la tocó el corazón con una santa alegría, no por eso ella le abría la puerta, sino antes se excusó con una excusa muy frívola; de lo cual el esposo justamente indignado pasó adelante y la dejó (Cant. 5,6). También el galán que después de haber mucho tiempo requerido la dama y haberle mostrado estima y agradecimiento a sus servicios, y que al fin se viese despedido y menospreciado, con más justa razón tendría